

sobre todo el valle, pero entre los hombres amontonados en un estrecho espacio, los disparos, aun hechos sin apuntar, multiplican las víctimas. En pocos minutos el suelo se cubre literalmente de muertos y de moribundos; la mayoría de los jefes alemanes caen muertos, heridos ó desmontados. De los nuestros es herido mortalmente el general Brayer. Los más osados de nuestros enemigos intentan reorganizarse, escalar las pendientes, abrirse paso á fuerza de audacia, pero casi todos son precipitados al fondo del valle, adonde nuestro fuego los persigue. Algunos oficiales que han quedado ilesos dan la señal de retirada; el estrépito de la fusilería ahoga los toques de las cornetas, y aquellos que han escapado de la matanza remontan las vertientes meridionales en medio de una confusión indescriptible. Los franceses, algo quebrantados también por acción tan encarnizada, se lanzan en persecución de sus adversarios y se apoderan de 400 prisioneros y una bandera. En esto, acude desde Mars-la-Tour un regimiento de caballería que á costa de grandes sacrificios logra salvar al resto de los desdichados westfalianos.

¿Qué habría sucedido si en aquel momento las tropas disponibles del 3.º y del 6.º cuerpos, dando un ataque, hubiesen permitido llevar la ofensiva hasta el último extremo? Pero estaba escrito que en aquella jornada no habíamos de tener más que comienzos de felicidad. Ni Bazaine ni ninguno de sus lugartenientes acudieron. ¡Con qué amargura vemos expresado en los recuerdos de los contemporáneos el dolor de tantas circunstancias favorables desperdiciadas (1)! En el entretanto, nuestra situación en la extrema derecha empezaba á empeorar.

Mientras combatía Cisse, nuestra caballería, cumpliendo la orden comunicada por el capitán de la Tour du Pin, salía de Bruville y subía hasta la meseta que se extiende entre la carretera de Jarny y la aldea de Ville-sur-Yron (2). Los primeros que entraron en acción fueron los cazadores del general Du Barail, los cuales, saliendo del barranco de Grizieres y atravesando la calzada de Mars-la-Tour, se lanzan sobre los cañones enemigos, acuchillan á los artilleros, apagan los fuegos de la batería que tanto nos molestaban, y al llegar delante de la caballería alemana, la contienen con sus carabinas.

El general Legrand, que disponía de tres regimientos, dos de húsares y uno de dragones, no había recibido aviso hasta después que lo recibiera Du Barail; tardó, por consiguiente, un poco en llegar, y aun tardó más el general France, que fué el último á quien se avisó. Entretanto la caballería alemana había sido reforzada: al Noroeste y al Norte de Mars-la-Tour estaban los tres regimientos de la brigada Barby, otros dos de la 5.ª división de caballería y además un regimiento de dragones del X.º cuerpo. Cuando Legrand se hubo reunido con Du Barail, éste le dijo: «Es demasiado tarde; hace veinte minutos la confusión producida por mis cazadores habría facilitado el triunfo; ahora el desorden está reparado y ha pasado la sorpresa.» Legrand acababa de recibir de Ladmirault reiterados avisos para que no demorara la acción y todavía le pesaban las cen-

(1) Véase en particular las notas del general Saussier (*Revue d'histoire*, noviembre de 1903, pág. 458).

(2) Véase el mapa intercalado en la pág. 302.

suras de que por la mañana había sido objeto: «He recibido la orden de cargar, dijo con cierto enojo, y cargo.» Uno de los coroneles propuso que se preparara el ataque con una descarga de carabina. «No, á sable,» replicó Legrand. «¡A sable!» repitieron los oficiales, y al grito de «¡Viva el emperador!» se lanzaron los escuadrones (3).

Vióse entonces lo que desde las guerras del Imperio no se había visto: seis mil jinetes arrojándose unos contra otros y atacándose en un furioso choque. Por ambas partes las fuerzas estaban casi igualadas: de un lado los hulanos, los dragones, los coraceros de Barby, y los jinetes de Redern, de Bredow y del X.º cuerpo; de otro, la caballería del 4.º cuerpo, los lanceros de la guardia y los dragones de la emperatriz. Los prusianos prorrumpieron en inmensos hurras; á corta distancia los dragones alemanes disparan sus tercerolas y luego no se oye más ruido que el de los sables que nuestros enemigos esgrimen de filo y los nuestros de punta. En el espeso remolino de polvo sólo se distinguen masas confusas de hombres y caballos que chocan entre sí, se mezclan y se atraviesan en combates singulares sin cuartel. Pero las fuerzas francesas han entrado en acción, no juntas, sino por fracciones sucesivas; además nuestros caballos son más pequeños y nuestros hombres más bajos, y en el choque violento y brutal nada compensa esta inferioridad. El general Montaigu, que manda la brigada de húsares, es herido y hecho prisionero; el general Legrand cae muerto; y en aquel universal desorden, nuestros jinetes confunden el uniforme azul celeste de los lanceros de la guardia con el de los dragones alemanes (4), lo cual es causa de una corta, pero horrible equivocación. La lucha se prolonga aún unos minutos, hasta que al fin la nube de polvo se aleja hacia el Norte: son los franceses que vuelven grupas y se repliegan en dirección á Bruville. No queda otra cosa que hacer que asegurar la retirada. A poca distancia está la división Clerambault, del 3.º cuerpo, la cual, aunque lentamente, ha acabado por ponerse en movimiento; de ella se destaca un escuadrón de dragones que coge de flanco á los prusianos, mientras los cazadores de Africa, reunidos en el pequeño bosque de Ville-sur-Yron, fusilan desde allí al adversario. Además un batallón de infantería toma posiciones en las laderas del barranco de Grizieres. De este modo es protegida la retirada. Por otra parte, los alemanes renuncian á perseguirnos, y en ambos campos las cornetas tocan llamada: hulanos, dragones y coraceros se retiran por el lado de Mars-la-Tour, y la meseta sobre la cual acaba de desarrollarse el terrible combate aparece de pronto tranquila y casi desierta.

El mal éxito de la carga quedaba compensado, y con creces, por las ventajas de la división Cisse. Al Sur, la 38.ª brigada alemana presentaba el aspecto de una masa desordenada y enloquecida, cuyos restos apenas conseguían reunir los oficiales de Estado mayor. Un esfuerzo más, y los franceses ocuparían la calzada de Verdún y llegarían á Tronville, es decir, alcanzarían la victoria. ¿Faltáronle en aquel momento á Ladmirault

(3) *Relation du combat de cavalerie de Mars-la-Tour*, por el capitán de la Tour du Pin.

(4) *Relation du combat de cavalerie de Mars-la-Tour*, por el capitán de la Tour du Pin.

la audacia ó el genio? Recientes cálculos han demostrado, ó tratado de demostrar, que en las divisiones Grenier y Cisse quedaban todavía intactos cinco batallones y medio y que otros apenas habían intervenido en la acción; de aquí el pesar de que una tentativa suprema no hubiera violentado la fortuna (1). ¿No habrá en estos cálculos retrospectivos algún exceso de optimismo? El comandante del 4.º cuerpo no se atrevió á arrostrar el grave azar. Eran las siete y el día declinaba; del 3.º cuerpo no llegaba ningún socorro; Bazaine no enviaba orden alguna y nada se sabía del resto de la batalla. Los soldados de Cisse estaban un tanto desorganizados por la rapidez, por el ardor de la acción; y por encima de todo, faltaba una división que tal vez con su intervención habría asegurado el triunfo, á saber, la división Lorencez, á la que se aguardaba desde hacía muchas horas y cuya tardanza tenía desesperados á los nuestros. El ataque, tan enérgicamente comenzado, quedó interrumpido bruscamente. Nuestros adversarios, á su vez, estaban extenuados. Todavía se oyeron algunas descargas en las cercanías del bosque de Tronville y se capturaron en los extremos de la meseta de Yron algunos jinetes alemanes extraviados y algunos caballos sueltos; después, cerrada ya la noche, Ladmirault, esperando órdenes y esperando sobre todo para el día siguiente una nueva batalla, condujo nuevamente sus tropas hacia la granja de Urcourt.

XIII

He relatado con algunos detalles la gloriosa labor del 4.º cuerpo. No es que en aquella jornada no se librasen otros combates igualmente heroicos y sangrientos; pero sólo en nuestra ala derecha se observa un firme deseo de ofensiva. Quizás esta energía hubiese conquistado la victoria si el día hubiera sido más largo; pero la noche se echó encima y los refuerzos no llegaron, y al retirarse los nuestros perdieron la ocasión favorable que se les ofrecía.

En otros sitios, es decir, en el centro y en el ala izquierda, continuaba, al Oeste y al Sur de Rezonville, la batalla comenzada por la mañana. Desde las dos hasta las cinco el combate se había mantenido casi estacionario y aun había habido algunos intervalos de calma; pero á aquella hora se reanudó con extremada intensidad, gracias á la aproximación de los refuerzos prusianos. La 32.ª brigada del VIII.º cuerpo llegó de Gorze, yendo detrás de ella el regimiento de los granaderos de Siberia, y entonces se empeñaron una porción de acciones parciales, tenaces, encarnizadas, en el lindero de los talleres, y particularmente en las inmediaciones de la *Maison-Blanche*, que nuestros soldados abandonaron, recuperaron, volvieron á evacuar y ocuparon de nuevo. En la larga línea semicircular alrededor de Rezonville, luchaban los granaderos de la guardia apoyados por una parte de los cazadores, luego el 25.º y el 26.º de línea de la división Levassor-Sorval, el 51.º y el 62.º de la división Montaudón, y, por último, la brigada Lapasset. Los nuestros sufrieron grandes pérdidas; pero mayores aún las tuvieron los alemanes,

(1) Véase *Revue d'histoire*, marzo de 1904, págs. 648 y siguientes.

que vieron sucumbir á los dos coroneles de la 32.ª brigada y al de los granaderos de Silesia. Todos estos combates presentan una imagen confusa, que hacen más confusa todavía los recuerdos contradictorios de los actores, y sus detalles escapan á quien quiere analizarlos. Hubo mucho valor, pero ningún otro plan que el de no perder terreno; esfuerzos yuxtapuestos, pero no combinados; una ambición limitada que no aspira tanto á conquistar la victoria como á evitar la derrota. Se llenaron de defensores las colinas del Sur de Rezonville, como se guarnecen las murallas de una plaza, y si bien aquellos defensores se portaron valientemente, no



El general de Cisse

hicieron otra cosa, como si la principal preocupación hubiese sido contener á los soldados cada vez que el instinto, las circunstancias ó el valor les impulsaran á avanzar.

Eran las cuatro y media cuando el príncipe Federico Carlos había llegado al lugar de la acción. Todo lo que en Bazaine era pasividad, transformábase en él en feróz energía. Desde su llegada seguía, colocado en una altura próxima, las peripecias de la incierta lucha, y al comprender la fragilidad de sus ventajas quiso, costara lo que costase, grabar en el espíritu de su ejército el convencimiento del éxito.

Esta resolución determinó un último combate. El tiempo apremiaba; eran cerca de las ocho y las sombras de la noche proporcionaban un pretexto al inmenso cansancio, y por ambas partes disminuían las detonaciones. El comandante del II.º ejército resolvió dar un golpe supremo hacia el lado de Rezonville, y aunque en muchas baterías alemanas faltaban los caballos ó las municiones, el príncipe reunió todas las piezas que estaban en disposición de poder funcionar. La división hessense, que venía apresuradamente de la parte de Gorze al través de los bosques, hizo adelantar dos

de sus baterías, comenzando entonces un furioso cañoneo contra las posiciones francesas, al que nuestras baterías de la guardia contestaron con buen resultado. Como la infantería se hallaba demasiado extenuada para que pudiera echarse mano de ella, Federico Carlos reunió toda la caballería de que podía disponer en aquella parte del campo de batalla, á saber, los coraceros y los hulanos de la brigada Grüter y los húsares de la brigada Rauch, y la lanzó á todo evento. Los asaltantes, que sólo podían guiarse por los fogonazos de los cañones y de los fusiles franceses, atravesaron algunas líneas de tiradores, pero luego, fusilados á mansalva por nuestros infantes, retrocedieron, después de haber perdido al general de Grüter, herido mortalmente. Habíase llegado al límite extremo de las fuerzas humanas y nada más podía ya conseguirse. La obscuridad era completa y las únicas claridades que se percibían eran las de Rezonville que estaba ardiendo; pero aquel ataque audaz é inesperado, aquel asalto *in extremis* interrumpido por la noche, dejaba la impresión de una fuerza indomable que tarde ó temprano había de prevalecer. No quería otra cosa el príncipe Federico Carlos, y en su concepto, aquel resultado puramente moral, aunque alcanzado á costa de mucha sangre, no había sido comprado á un precio demasiado alto.

XIV

Tal fué aquella batalla, una de las más grandes de los tiempos modernos, y á la que se ha denominado á menudo *batalla de Gravelotte*, á veces también *batalla de Mars-la-Tour*, y asimismo, aunque más raramente, *batalla de Vionville*. Gravelotte fué el lugar en donde se amontonaron nuestras reservas; pero allí no se combatía; sobre Mars-la-Tour se encaminó el 4.º cuerpo, pero si bien llegó casi á tocarla, no entró en ella; y en cuanto á Vionville, hubimos de abandonarla desde el principio de la acción. Una designación más exacta es la de *batalla de Rezonville*, del nombre de la aldea que el 2.º cuerpo defendió por la mañana, que la guardia protegió por la tarde y que Federico Carlos bombardeó al anochecer. Este nombre tampoco despierta una imagen completa, puesto que fuera de Rezonville se desarrolló el gran esfuerzo de Ladmirault; pero, en la imposibilidad de señalar con un nombre solo una acción tan compleja, aquel es el menos inexacto que se pueda escoger, y según todas las probabilidades, será el que se perpetuará al través de los siglos.

Cada batalla lleva en sí un signo propio que permite reconocerla; aquélla deja la impresión desconsoladora de una gran victoria desperdiciada. Habríase podido triunfar por la mañana apoyando vigorosamente á Frossard, más tarde sosteniendo á Canrobert y al atardecer llevando en socorro de Ladmirault todas las fuerzas disponibles; pero todo lo malogró la inercia.

Al principio de la jornada teníamos una superioridad numérica abrumadora, y esta ventaja subsistía aún por la noche, después que los alemanes hubieron recibido sus refuerzos; en efecto, las fuerzas alemanas no pasaron nunca de 90.000 hombres y el ejército francés, distribuído entre Gravelotte, Rezonville, Saint-Marcel y Doncourt, tenía, sin contar los regimientos que todavía estaban en camino, un efectivo total de cerca de 140.000.

Pero véase lo que es una ineptia extraña ó una extraña desgracia: muy superiores en conjunto á nuestros enemigos, las más de las veces nos encontramos en menor número que ellos en los lugares en donde se libraban los combates decisivos.

Si examinamos el planó de la batalla y observamos la situación de los cuerpos, nos sorprende la incoherencia que parece haberlos dispersado: en todas partes hay poca ó mucha caballería inutilizada; en los alrededores de Gravelotte hay acumulados grandes núcleos de tropas inactivas, de las que sólo se echará mano tardía y parcialmente; las posiciones más amenazadas parecen las menos desguarnecidas; al 6.º cuerpo, ya de suyo muy incompleto, se le merma una división, la división Levassor-Sorval, que permanece cerca de Rezonville; el 3.º cuerpo sólo lo vemos en fracciones; la 3.ª división (división Metman) está todavía en el camino de Metz; la 1.ª (división Montaudón), á su llegada á Villers, es apartada de su ruta y conducida al ala izquierda y sólo una de sus brigadas es utilizada activamente, puesto que la otra se queda en el lindero del bosque de los Oignons; la división de caballería Clerambault pónela el general Lebœuf á la disposición de Ladmirault (1), y, salvo un ligero combate del 4.º de dragones, ningún servicio presta al uno ni al otro. Quedan las divisiones Aymard y Nayral, ambas situadas cerca de los lugares en donde un refuerzo oportuno había de decidir la victoria; pero la primera se mantiene en reserva ó sirve para cubrir bajas, y la segunda es llevada, á las cuatro, desde Saint-Marcel á Gravelotte, en donde no combate, y conducida nuevamente, poco después, á Saint-Marcel, en donde tampoco lucha (2), ya que, según los documentos oficiales, sólo tuvo dos muertos y 12 heridos. Bien puede decirse que aquella jornada fué la de las fuerzas no utilizadas.

A las últimas claridades del día, vióse que dos divisiones se unían al resto del ejército: eran, en el 4.º cuerpo, la división Lorencez, que llegaba á Doncourt; y en el 3.º, la división Metman, que salía de Gravelotte. La historia de una y otra había sido lamentable. La división Lorencez, aprisionada la noche antes en una interminable columna de bagajes, había empleado quince horas en recorrer nueve kilómetros; había sido preciso conceder á los soldados, enervados por las paradas y muertos de hambre, un alto para preparar el rancho, y hasta las tres no se había reanudado la marcha, llegando al término de la etapa cuando ya todo había concluído. Muy parecida había sido la suerte de la división Metman, agravada además por un error de ruta. Cuando los batallones de Metman, que se dirigían á Verneville, llegaron á la Malmaison, muchos oficiales que los vieron pasar no disimularon su sorpresa ni su impaciencia (3): «No es demasiado pronto, decían unos... Lo mismo que en Forbach,» añadían otros; pero la culpa no era tanto de los jefes de división como del comandante en jefe, que ni había indicado de un modo concreto los caminos de marcha, ni había cuidado de que estuvieran libres. Gracias á la imprevisión, faltaban dos divisiones; de esta suerte, el día de la batalla recibíase

(1) Diario de marcha del 3.º cuerpo.

(2) Relato del general Nayral de la batalla de Rezonville.

(3) Notas del general de Geslin (*Revue d'histoire*, noviembre de 1903, pág. 442).

el castigo de la incuria que en la marcha había presido.

Si las batallas no llevadas hasta sus últimas consecuencias fuesen batallas poco sangrientas, quedaría el consuelo de la poca importancia de los sacrificios; pero aquella lucha, que quedó indecisa, fué tan costosa como si hubiese sido decisiva. Los estados más fidedignos estimaron posteriormente en 13.700 hombres el número de los muertos, heridos y desaparecidos (1); las pérdidas de los alemanes, aún más considerables, pasaron de 15.000 (2). En las cercanías de Flavigny y por la parte de la *Maison-Blanche*, el espectáculo era horrible; más horrible aún en el barranco del *Fond de la cuve*, en donde los cadáveres estaban amontonados nos encima de otros, pues casi no habían tenido espacio en donde caer. En la meseta que se alzaba al Sur de la *vía romana*, de los hulanos de la Marca y los coraceros de Magdeburgo yacían unos al lado de otros envueltos en sus armaduras. Los magníficos uniformes de los oficiales, sus magníficos equipos, sus joyas, todos los refinamientos lujosos que sobrevivían á la muerte, habían de justificar los rumores de defunciones ilustres. En nuestros vivaques se hablaba de grandes personajes, de príncipes encontrados entre las víctimas, y los relatos, abultados de boca en boca, habían de llegar en los días siguientes hasta París, con todo el aspecto de una leyenda.

Nuestras tropas habían instalado sus vivaques en las inmediaciones de Doncourt, de Saint-Marcel, de Rezonville y de Gravelotte. Al abrumador calor del día había sucedido casi sin transición una noche fría en extremo; nuestros soldados secaban junto á las hogueras sus uniformes hace poco empapados de sudor y ahora mojados por la humedad. Sólo en las avanzadas se oía de tarde en tarde alguna descarga. Los nuestros, extenuados por la fatiga y por el hambre, sólo tenían, en muchos regimientos, un poco de galleta para reparar sus fuerzas; mas, á pesar del cansancio y de las privaciones, la esperanza los animaba. Durante todo el día habían contenido al enemigo; al día siguiente, de fijo sería éste rechazado: así hablaban los oficiales y los soldados. «Os felicito por vuestro triunfo,» escribía Lebœuf á Bazaine. En el 4.º cuerpo, que tan cerca había tenido la victoria, reinaban la confianza y la alegría: Ladmirault felicitaba á Cisse y éste abrazaba á los coroneles; 400 prisioneros alineados entre las tiendas y una bandera cogida al enemigo eran los testimonios de un valor que sólo pedía nueva ocasión de manifestarse.

Todo había de depender de Bazaine, el cual había llegado á esa hora suprema en que la posteridad debía recoger todas sus resoluciones, y aquella noche que comenzaba había de ser el momento más decisivo de su vida.

Apenas terminada la batalla, había conversado con Frossard, Bourbaki y Canrobert, tomando después nuevamente el camino de Gravelotte, en el que encontró un cierto número de infantes no heridos, pero desbandados, que parecían huir ó esconderse, espectáculo que, según algunos han afirmado, no dejó de impresionarle, grabando en su mente la idea de nuestra debili-

(1) *Revue d'histoire*, abril de 1904, pág. 196.

(2) *La guerre franco-allemande*, redactada por la sección histórica del gran estado mayor prusiano, tomo I, anexos. pág. 178.

dad. El mariscal llegó á la casa en donde había dormido el emperador. En el estado mayor se discutía mucho: aquellos jefes no eran partidarios de una nueva batalla, pero menos aún opinaban en pro del regreso á Metz; la opinión general era que el ejército debía cuanto antes encaminarse hacia el Nordeste. Llegado que hubo Bazaine, Jarrás le pidió órdenes: «Ya os avisaré,» respondióle el mariscal. ¿Había resuelto ya entonces el general en jefe retirarse? Cabe dudar, porque en aquel mismo instante pareció aceptar la indicación de un intendente, el Sr. Preval, que le propuso ir á Metz en busca de víveres. A las once Bazaine hizo llamar á Jarrás y le dictó un despacho circular para los comandantes de cuerpo, en el que invocaba la escasez de municiones y de víveres y ordenaba que el ejército se aproximara á la plaza. A las primeras líneas, Jarrás, aunque subordinado obediente hasta la pasividad, sintióse dominado por una gran emoción; pero se guardó de formular objeción alguna, porque pensó que Bazaine, que había visto á los jefes de cuerpo, conocía mejor que nadie la situación de las cosas; esto aparte de que, si realmente faltaban las subsistencias y sobre todo las municiones, lo más urgente era proveerse de unas y otras. El mariscal, sin embargo, pudo observar entre los que le rodeaban una gran sorpresa y aun algo de reprobación, por lo que les dijo: «Si alguno tiene algo que proponerme, estoy dispuesto á escucharle.» Todos guardaron silencio y el comandante en jefe, como si hallara consigo mismo, añadió: «Es preciso salvar el ejército y para ello hay que llevarlo nuevamente á Metz.» Después siguió dictando: el 2.º cuerpo debía tomar posiciones entre el Point-du-Jour y Rozerieulles; el 3.º había de distribuirse entre las granjas de Moscou y Leipzig; el 4.º se dirigiría á Montigny-la-Grange y Amanvillers; el 6.º se replegaría sobre Verneville, y la Guardia, retrocediendo hasta las murallas de la plaza, ocuparía Plappeville y Lessy (3). Redactóse un parte para el emperador, que permitiría presentar la resolución. El ejército iba voluntariamente á colocarse otra vez dentro del círculo que nuestros enemigos aspiraban á cerrar.

XV

Durante la noche, los oficiales de estado mayor fueron en busca de los comandantes de cuerpo y les comunicaron las órdenes de Bazaine: Lebœuf les recibió á las dos de la madrugada; Canrobert una hora después. Antes del alba todos estaban advertidos, excepto Ladmirault que no tuvo conocimiento de las instrucciones del mariscal hasta las nueve.

La división Metman, del 3.º cuerpo, había de cubrir la retirada. Apenas amaneció, la larga columna de bagajes que mandaba el coronel Fay se escalonó en la calzada de Gravelotte á Metz, camino que habían de seguir también la reserva general de artillería, el 2.º cuerpo y la Guardia. El 3.º y el 6.º cuerpos debían tomar los caminos de Bagneux, de Villers-au-Bois y de Verneville. En los alrededores de Doncourt, los soldados de Ladmirault descansaban todavía en sus vivaques.

La etapa era corta, de cinco ó seis kilómetros para

(3) *Journal de marche de l'armée du Rhin*, 17 de agosto.